

LEJAVITZER LAPOUJADE, Amalia, *Hacia una génesis del epigrama en Marcial: Xenia y Apophoreta. Estudio, traducción y notas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado (Col. Mirador de Posgrado), 2000, 216 págs.

*Xenia* y *Apophoreta* se refieren a algo tan ordinario como lo que sucederá esta noche o este fin de semana: vamos de visita, llevamos algún regalo (lo contrario exactamente serían los *Apophoreta*: la persona a quien visitamos nos daría un regalo); tras el saludo, viene la cena: cada platillo merece algún comentario: “¡qué rico está!, ¿cómo lo hiciste?, ¿qué le pusiste?”: eso serían los *Xenia*.

M. Valerius Martialis es el más importante de los epigramatistas romanos. Valga decir que lo que sabemos de su vida, como lo dice Amalia Lejavitzer con tanto detalle, lo sabemos básicamente por sus poemas, es decir, por sus epigramas. De acuerdo con estos poemas, Marcial nació hacia el año 40 de nuestra era (10.24) en Bílbilis, pueblo o ciudad de la Hispania Tarraconense. Veinticuatro años después, hacia el año 64 (10.103.7), se trasladó a Roma, la metrópoli de aquellos tiempos; ahí, primero se ganó apenas la vida bajo el protectorado del famoso Séneca, que era su paisano (4.40.1); posteriormente, encontró otros protectores ricos. Quizá a través de Séneca, y sin duda gracias a su habilidad literaria y por su don de gentes, pronto se ganó la atención de la corte imperial de los césares Tito y Domiciano, que le dieron el privilegio del *ius trium liberorum*, y lo elevaron al rango de

---

PALABRAS CLAVE: apophoreta, génesis, epigrama, Marcial, xenia.

RECEPCIÓN: 20 de abril de 2001.

ACEPTACIÓN: 16 de mayo de 2001.

tribuno (3.95). A pesar de todo —sin que hablemos de todos los homenajes que le rindió a Domiciano (6.10)—, nunca tuvo verdadera independencia económica.

Curiosa y afortunadamente (o desafortunadamente), Marcial contaba entre sus conocidos a los personajes más sobresalientes de su tiempo: conoció a Silio Itálico (4.14); tuvo contacto con Frontino (10.48.20; 54); platicaba con Plinio el Joven (10.19), con Juvenal (7.24) y, desde luego, con Quintiliano, que también había llegado a Roma desde España. Ya viejo, debieron pesarle sus obligaciones de cliente y es muy creíble que, tras la muerte de Domiciano, su patrono y admirador, haya perdido terreno en la corte, en tiempos de Nerva y Trajano, sucesores de aquél. Marcial volvió a España hacia el año 98 (Plin., *Epist.* 3.21), donde pasó sus últimos días en una propiedad que le había regalado una amiga suya, y, como casi siempre, salió hacia la inmortalidad su obra, esa de que nos habla Amalia tan apasionadamente.

Los temas de que se ocupa Marcial en sus epigramas son tan varios y tan variados como variada y varia es la vida en todos los tiempos y en todas las lenguas. Casi no hay algún rincón de la sociedad romana que no haya sido motivo y objeto del *stilus* y de la mirada de Marcial, a través de la cual nosotros podemos seguir viendo ese mundo hoy, veinte siglos después.

Como señalaba antes y como lo expone la autora con tanta claridad, los poemas de Marcial, todos ellos, pertenecen al género epigramático. ¿Qué es, pues, un epigrama? Literalmente es una inscripción; sin embargo, cuando escuchamos la palabra “epigrama”, pensamos en seguida en un poema breve e ingenioso —hoy se habla de “fragmentos”, de “aforismos”, de “poemínimos”—, que linda con el juego intelectual e incluso con el chiste. Esta idea nuestra de “epigrama” se la debemos casi enteramente a Marcial, quien, como también se dice en este libro, “hizo del epigrama el punto culminante tanto de la evolución de dicho género como del proceso de canonización del mismo” (p. 12).

Ahora bien, este libro habla de dos colecciones de epigramas muy particulares. Los *Xenia*, “regalos del huésped”, son dísticos que se refieren a “productos alimenticios... organizados por grupos temáticos que... corresponden a la secuencia de... una cena” (pp. 20-21); es decir, los poemas del libro XIII de Marcial presentan los diversos platillos

que se ofrecen a los invitados a una cena. Casi podemos imaginar un *triclinium* romano, a los convidados tendidos en sus lechos, frente a las mesas, y a una procesión continua de esclavos que traen los manjares, algunos sencillísimos, otros exóticos, en charolas con sendas inscripciones (el título y un poemita alusivo): “aquí hay habas”, “aquí, lechuga”, “aquí, dátiles”, para entremés; “salchichas de Lucania”, “trufas”, “útero de puerca”, “hígado de ganso”, “lengua de flamenco”, “erizos”, “ostras”, “gacelas”, como platos fuertes, y, para beber, “vino de pasas”, “vino sorrentino”, “falerno” y “tarraconense” (porque hay que alabar la tierra natal). Cuando el banquete llega a su fin, los invitados reciben “perfumes”, con su tarjetita correspondiente, y coronas de rosas, evidentemente de invernadero, puesto que al César, “da el invierno... coronas tempranas” (XIII.127, traducción de A. Lejavitzer).

La segunda colección de epigramas que nos presenta la autora, el libro XIV de la obra completa de Marcial, se llama *Apophoreta*, esto es, “lo que uno puede llevarse” a casa. Al respecto, se nos informa que “una parte importante del gozo de la fiesta, además del compartir banquetes y juegos, consistía en dar y recibir regalos”; así pues, en la colección de *Apophoreta*, se trata también de poemas de dos versos, pero que se refieren a “objetos variados de uso personal, como enseres de tocador, cosméticos, adornos, ropas, copas y platos, juegos, artículos de papelería, obras de arte, libros, mascotas e incluso esclavos”. Con seguridad, el huésped ofrecía a sus invitados al banquete diversos regalos que, según lo que nos dice Marcial, debían ser distribuidos al azar. Los epigramas que tenemos serían, quizá, como los boletos de una rifa o como tarjetitas que permitirían adivinar, a los participantes en el juego, qué regalo les podía tocar. Según se nos informa, las dos colecciones de epigramas pertenecen a una época muy específica: el tiempo de las Saturnales romanas, en diciembre. La autora aclara que estas fiestas “se muestran ante nuestros ojos como la fusión entre las actuales fiestas de Carnaval y la Navidad cristiana” (p. 35).

Una de las cosas que la autora señala respecto de los epigramas que conforman las colecciones de *Xenia* y de *Apophoreta* es que éstos, de ser la dedicatoria que acompaña a un objeto, a un regalo, se convierten en el regalo mismo, y aquel objeto, simplemente en el tema del poema. Así, podían llegar a tomarse como adivinanzas o enigmas y, como tales, ser parte de los juegos en que participan los asistentes a una cena, a un *symposium*.

Sin embargo, el valor poético de estos epigramas va más allá de su “ocasionalidad”, del hecho de ser poemas compuestos para un momento específico y para una cosa determinada; Amalia Lejavitzer destaca que estos libros, por su misma estructura, adquieren “un nuevo sentido, más amplio”, casi podríamos decir universal: su perfección técnica, su realismo, la asimilación de los grandes poetas de la antigüedad, el ingenio que demuestran ha trascendido su tiempo. Por otro lado, y es ésta la tesis fundamental de la autora, a la que apunta el título de su libro (*Hacia una génesis del epigrama*), los poemas que se incluyen en las colecciones de *Xenia* y *Apophoreta* no son sólo

para disfrutar, para compartir, para regalar, durante las Saturnales, sino que son una obra esencial para comprender la totalidad de la creación epigramática de Marcial (p. 50),

en ellos se percibe ya la poética de este autor, que quiere que en su obra

palpite la vida y se viva la realidad de aquellos tiempos... que todos los seres humanos, y sus cosas, encuentren un lugar (p. 53).

En cada uno de los epigramas de estas obras, vistas con “la lupa” de la autora, podemos ya encontrar la esencia de todo Marcial: su facultad de representar, de manera concisa e incisiva, cualquier objeto o circunstancia cotidiana, ordinaria.

La traducción, hecha en prosa española, a pesar de su apego al latín, no ayuda a que los lectores modernos perciban la intención poética del autor. La edición, asimismo, está muy descuidada y prácticamente sin gusto tipográfico.

Sin embargo, no obstante estas minucias, Amalia Lejavitzer nos da en este libro su conocimiento de la obra de Marcial, todos los datos eruditos que sirven para entender cada uno de los epigramas, y su entusiasmo y pasión ante este gran poeta que, por sus “leves poemas”, ha alcanzado la inmortalidad.

Patricia VILLASEÑOR CUSPINERA